

Fundación Juan March

poética y POESÍA

ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

Madrid MMV



Eloy Sánchez Rosillo

PYP

Fundación Juan March

Madrid MMV

Cuadernos publicados:

1. Antonio Colinas
2. Antonio Carvajal
3. Guillermo Carnero
4. Álvaro Valverde
5. Carlos Marzal
6. Luis Alberto de Cuenca
7. Eloy Sánchez Rosillo

poética y POESÍA

17 y 19 de Mayo de 2005

Edición al cuidado de Antonio Gallego

© Eloy Sánchez Rosillo

© de esta edición Fundación Juan March

Edición no venal de 500 ejemplares

Depósito legal: M-20532-2005

Imprime: Imago Soluciones Gráficas S.L. (Madrid)

Preludio para Eloy Sánchez Rosillo

Legamos ya a la séptima doble sesión de *Poética y poesía* y tenemos hoy la suerte y el honor de contar con la colaboración de Eloy Sánchez Rosillo. Murciano de 1948, profesor de Literatura española en la Facultad de Letras de su ciudad natal, el profesor Sánchez Rosillo es, ante todo y sobre todo, un poeta, un grandísimo poeta que se dió a conocer en 1977 ganando el Premio Adonais con un libro titulado *Maneras de estar solo* (Rialp, 1978). Ha ido ofreciéndonos luego, cada vez más pausadamente, cuatro libros más: *Páginas de un diario* (El Bardo, 1981), *Elegías* (Trieste, 1984), *Autorretratos* (Península, 1989) y *La vida* (Tusquets, 1996), un poemario con cinco ediciones ya en librerías. En esta editorial barcelonesa tiene en prensa un nuevo libro, que se titulará *La certeza*, y del que nos adelantará pasado mañana algunos poemas tanto en su propia voz como en el librito que les ofreceremos.

No hacía falta en realidad que titulara como tituló su tercer libro, *Elegías*, porque Sánchez Rosillo fue muy pronto catalogado como el poeta elegíaco de su generación. “Sostenido tono elegíaco”, se dice de su poesía en la cuarta de cubiertas de su segundo libro, probablemente escrita por el admirable poeta que dirigía entonces la colección El Bardo, Carlos Sahagún. También se ha dicho que esa línea elegíaca arrancarí­a de Cernuda y, a través del Grupo Cántico y sobre todo de Francisco Brines, recalarí­a en Sánchez Rosillo. Y aunque muchos han valorado la naturalidad admirable con la que reflexiona sobre lo cotidiano, rompiendo así con el entonces aún dominante culturalismo de los novísimos, no es menos cierto que el punto de partida cultural planea sobre muchos de sus poemas, tanto

si es literario (Meleagro de Gádara, Herman Melville, von Kleist, Miguel Espinosa, Leopardi...), pictórico (Goya, Ramón Gaya...) o musical.

Diré algo sobre estos últimos, como acostumbro en estos abocetados perfiles, no sin anotar que, en todo caso, estamos ya muy lejos de los excesos “venecianos” entonces tan recientes.

Es muy evidente que la palabra poética es para Sánchez Rosillo también música, después de ser sonido. Así nos lo dice en “El poema”, la segunda parte del díptico inicial de *Maneras de estar solo*.

A veces me tropiezo con tu sonido. Escucho
un eco que golpea las paredes del sueño
y oigo en mi pulso un ritmo de aventura y de búsqueda.
(...)
Acaba aquí el silencio. Poco a poco,
la soledad se puebla de música y palabras.

En el último poema de su segundo libro, *Páginas de un diario* –y es que hay que fijarse muy especialmente en los poemas iniciales o finales en los libros de Sánchez Rosillo, porque anuncia o resume en ellos con admirable precisión sus ideas poéticas–, el titulado en inglés “The rest is silence”, el poeta se dirige a sí mismo tras finalizar el libro:

No digas nada más: que digan estas páginas
lo que querías decir y acaso has dicho.
(...)
Que las palabras cesen y acabe aquí su música.
Mira el atardecer. Detente. Calla.

Siempre ha sido fiel a esta manera de concebir el verso. En el poema “Esta tarde”, de *Elegías*, el poeta está “en un momento vacío de ilusión” y se dice

... que tal vez es inútil
lo que siempre he creído razón de mi existir:
el trabajo de hallarle a la palabra
su lugar y su música en el verso.

Y en el último poema de este tercer libro, titulado “Final”, vuelve sobre la idea, diciéndose a sí mismo:

Pronto darás los versos de tu libro tercero
a la imprenta, y, entonces, dejarán de ser tuyas
las páginas que fuiste lentamente escribiendo:
sus *silabas contadas*, tu verdad, esta música.

Es muy difícil no escuchar la música en muchos de los poemas de Sánchez Rosillo. Está casi siempre junto a él, junto a su cuaderno de notas en el que confía las palabras que siente el deseo de escribir, junto al libro preferido (*Le temps retrouvé* en este caso de “Una noche de agosto”) y el cigarrillo:

Lo acompaña la música y en el cuarto tiembla
el ruiseñor dulcísimo de un *adagio* de Mozart.

En el emocionante “Epitafio” de *Elegías*, autoepitafio en realidad, el poeta se describe así:

Detened, caminantes, vuestros pasos.
Sabed que aquí reposa alguien que amara mucho
la hermosura del mundo: los árboles, los libros,
la música, el verano, las muchachas.

Podemos y debemos preguntarnos qué es lo que el poeta busca o encuentra en la música. Nos lo dice con dolorida precisión en el poema titulado, precisamente, “La música”, en *Elegías*. El sujeto poético está solo, fatigado, vuelve a la casa fría y solitaria, y se sienta en el sillón de su cuarto:

Mirad los libros,
sus papeles, los discos. Vedlo ahora
cerrar los ojos y escuchar la música
que comienza a sonar y da a su pecho
consuelo y alegría.

Va adentrándose
en una mansa luz, y poco a poco
la misteriosa claridad lo lleva
a remotos lugares (...)
(...)

Mas termina la música, y regresa
de repente a su cuarto. Abre los ojos
y es invierno otra vez. La noche avanza.
Hace frío. Ya es tarde. Afuera llueve.

La música (el arte) no sólo nos ofrece consuelo y alegría nuestra triste existencia. También es un portentoso resorte de la memoria y del recuerdo. Resorte que hay que manejar cuidadosamente, porque puede salvarnos pero también hacernos sufrir.

Veáse en el poema titulado “Sonata para piano y violonchelo”, de *Páginas de un diario*:

Oigo la misma música que entonces
escuchara a su lado. Aquellos ojos
hoy ya no están mirándome, y no siento
en el pecho el amor.

Pero algo vivo
de ese tiempo regresa, y los acordes
de la música aquella me hacen daño.

O en este otro, “La luz no te recuerda” del libro *La vida*, no tan gozoso como parece prometer al comienzo:

Y te recuerdo, a solas, en esta habitación
–llena de nada ahora– que entonces compartimos.
Las palabras que hablamos, la música, tu risa,
y lo que entre nosotros sucedió en esas horas,
siguen viviendo en mí.

Pero la luz no te recuerda, porque
la luz ama el presente. Regresa sin memoria
a la estancia vacía (...)

(...)

Y únicamente encuentra en su silencio
a un hombre recordando, recordándote:
un hombre triste, y derrotado, y solo.

Sí, la música nos consuela y nos alegra, pero también nos hace sufrir: Es también, como la luz, un presente, pero un presente fugitivo. Suena, y ya es pasado, pero ese pasado, con su ayuda, sigue viviendo en nosotros. Tiene muchos matices, cambiantes a veces,

pero nunca prefijados de antemano. Veamos un único ejemplo, el de la contemplación de la noche serena, de tan honda raigambre en la cultura occidental. En “Casta diva”, de *Autorretratos*, la contemplación de la luna le conduce a un pasaje de su juventud:

Yo era en aquel entonces casi un niño,
apenas un muchacho que conservaba intacta
su original pureza.
Mi vida estaba unida a la verdad del mundo
por un hilo secreto.
Y en mi sangre latía la música que mueve
a la gran muchedumbre de los seres creados.

Pues bien, en el poema anterior, “Así, seguramente”, esa misma música de las esferas que al muchacho evocado en “Casta diva” le uncía al carro de la vida, ahora es símbolo de la muerte:

Oirás cómo la noche va dejando
su desolada música en tu oído.
(...)
Ya no se escucha nada. Poco a poco
se ha llenado tu cuarto de silencio.
Después te olvidarán. Nadie, muy pronto,
recordará siquiera que te has muerto.

Sí, es la muerte, “La intrusa” del último de los *Autorretratos*, la que

A veces,
canta, mientras me observa,
una canción dulcísima, y entretejen sus labios
mi nombre con la música.

Podemos preguntarnos, para terminar, qué músicas reales sue-
nan en los poemas de Sánchez Rosillo. Ya nos apareció antes el rui-
señor mozartiano. Acabamos de citar una contemplación de la luna
titulada “Casta diva”, alusión evidente a la célebre aria de *Norma*,
de Bellini. En su primer libro hay un poema, “El jinete”, que glosa
en cuatro partes los cuatro movimientos de un Cuarteto de cuerdas
de Joseph Haydn, el en Sol menor Op. 74 n° 3 (Hoboken III.74)
subtitulado así. Y en el segundo libro aparece, junto a otros monó-
logos dramáticos, el prodigioso “De César Frank a Augusta
Holmès”, en el que el músico, ya viejo, se dirige a su bella discípu-
la, la irlandesa que encandiló no solo al “pater seraficus” sino a
toda la banda franckiana, al hilo de la música sensual y dramática
de su Quinteto con piano en Fa menor, los títulos de cuyos tres
movimientos encabezan las tres partes del poema. Otra meditación
sobre el tiempo ido surge de la contemplación de un “viejo y cruel
daguerrotipo” fechado –como nos dice en el poema titulado “Una
fotografía”, de *La vida*–, en 1847: El del decrépito Donizetti, un
día rey de los teatros.

Solo unos meses faltan para que al fin la muerte
lo libre del tormento de vivir de este modo.
Mas seguirá después su prodigiosa música
rodando por el mundo. Nunca será olvidada,
y les dará a los hombres para siempre
consuelo y esperanza, emoción y alegría.

Así se aferran a la música Henriette Vogel y Heinrich von Kleist en
“Los pinares de Potsdam”, rememorando tiempos de amor antes de
su suicidio.

(...) Sentados junto al clave
cantábamos, y el amor nos elevaba
a los reinos perfectos de la música.

Los reinos perfectos del arte. La hermosura que nunca se pierde,
como nos dijo el poeta en “El sueño”:

No se pierde en nada la hermosura
que fue nuestra una vez. (...)

Les dejo, para que nos lo explique, con Eloy Sánchez Rosillo.

A. G.

Eloy Sánchez Rosillo
Garabatos de poética

Diré para empezar que yo no sé si soy un verdadero poeta (eso es algo que para uno siempre está por ver); ahora bien, lo que estoy seguro de no ser es un teórico de la poesía. Digo esto en el comienzo mismo de mis palabras para que nadie se llame a engaño y piense que va a escuchar aquí razonamientos bien trabados o brillantes argumentaciones sobre la poesía y el poema, sobre el poeta y su menester. Por desgracia, mi capacidad para teorizar sobre estas cuestiones es prácticamente nula. Y tal vez a causa de dicha incapacidad, no he sentido nunca inclinación a reflexionar en abstracto sobre la poesía ni a escribir esas poéticas que a veces se les solicitan a los poetas. Lo que a lo largo de los años he necesitado decir sobre la poesía, lo he dicho por lo general en mis poemas mismos, y si en la presente ocasión hubiera echado mano de alguno de ellos, puede que me hubiera ahorrado en lo que les diré ciertas elucubraciones digresivas. Hay poetas que teorizan con destreza, coherencia e ingenio sobre su propia obra. Lamento que no sea ese mi caso. Yo no tengo teorías. Tengo sólo poemas. No sé si buenos, malos o regulares, pero poemas al fin y al cabo, que es lo que al poeta se le supone y lo que en justicia cabe pedirle. Trataré, por tanto, de hacer lo que pueda en este lance en el que tengo el deber de hablarles de lo que no suelo hablar e intentaré salir lo mejor librado posible del brete en el que de manera voluntaria me encuentro.

Como cualquier poeta que aspire a ser auténtico, no he escrito nunca ateniéndome consciente y deliberadamente a ninguna poética propia ni a las recetas de ninguna tendencia,

escuela o grupo. Mis poemas, mis libros, son el resultado de una aventura personal no prevista ni programada (de lo contrario no sería tal aventura), una aventura que he vivido siempre con perplejidad y de la que, hasta donde ello es legítimo, me siento satisfecho e incluso orgulloso. Yo soy yo gracias a los libros que he escrito. Si no fuera por ellos, sería indudablemente otro, un Eloy bien distinto de este que he llegado a ser, de este que les está hablando ahora. A pesar de no ser el mejor poeta del mundo, no estoy por completo disconforme con el hombre que soy, ya que he logrado en parte realizar el sueño que desde el surgimiento adolescente de mi vocación ha alentado en mí: entregar mi vida entera a la poesía, estar en el mundo para llegar a merecer el nombre de poeta. El cumplimiento de ese sueño, que para mí constituye el colmo de la fortuna, se lo debo a los libros que he escrito. Por eso digo siempre que más que hacerlos yo a ellos, son ellos los que me han ido haciendo a mí. Les debo muchísimo, pues, y les estoy agradecido, a pesar de sus incontables imperfecciones.

Además de las facultades innatas (o genéticas, como ahora se dice) para la poesía con las que tal vez vine al mundo, al mirar hacia atrás y considerar mi vida desde su origen, sobre todo el tiempo quieto de la niñez y los turbulentos años adolescentes, creo entrever la mano de un extraño y pausado azar que sin que yo lo advirtiera me llevó —a través de una serie compleja de casuales situaciones— hacia la que habría de ser mi única ocupación verdadera y absorbente.

La temprana afición a la lectura que se despertó en mí fue indiscutiblemente el primer paso en mi camino hacia la poesía. En mi infancia no existían los entretenimientos que tienen en sus casas los niños de ahora. No había televisión, ni ordenadores, ni

maquinitas de juegos electrónicos, ni cosas por el estilo. Necesitábamos hacer algo para distraernos. Yo era un niño sano y fuerte, pero tenía un punto débil: la garganta. Con inusitada frecuencia me ponía enfermo de anginas y me daban una fiebre muy alta. Duraban sólo dos o tres días, pero si uno quería recuperarse bien de aquellos accesos debía permanecer todo el resto de la semana en cama, convaleciente. Para matar el tiempo en las largas horas que pasaba acostado fui aficionándome a leer. Primero llegaron los cuentos de Grimm y de Andersen y de tantos otros; en seguida pasé a los libros de aventuras (Julio Verne), a las novelas policíacas y de misterio (Poe, Agatha Christie). Y en poco tiempo aquella inocente afición fue transformándose en un hábito voraz que no me daba tregua y que me llevaba a querer leer todos los libros del mundo. Me convertí incluso en un pésimo estudiante de bachiller por culpa de aquella afición mía tan intensa y subyugante. Me pasaba los días leyendo obras que nada tenían que ver con los textos estudiantiles, y no sólo los días, sino también las noches, y me acostaba al amanecer. En un poema mío (“Un libro”) hablo, por ejemplo, de cómo leí en la adolescencia *La cartuja de Parma*. Y lo que digo ahí es cierto: pasaba las noches enteras entregado a la lectura. ¿Cómo iba a tener en las manos una novela tan emocionante y maravillosa como *La cartuja de Parma* e iba a cerrarla y a ponerme a dormir sólo porque fuera de noche y porque al día siguiente hubiera que ir al colegio y estudiar? Ya habría tiempo para dormir, ya habría tiempo para estudiar. Y de la misma manera que al leer las vidas de los grandes héroes o de los grandes descubridores nos gustaría ser como ellos, si se siente fascinación por la literatura, como a mí me sucedía, al leer a Garcilaso, a Stendhal, a Tolstoi, a Machado o a cualquiera de los grandes escritores, lo que a uno le gustaría es ser escritor, y se

dice a sí mismo: “Qué maravilla, si yo pudiera llegar a hacer algo que aunque fuera de lejos se pareciera un poco a lo que escribió toda esta gente extraordinaria”. Y sin duda por deseo de emulación —entre otros motivos menos obvios— rompés a escribir un buen día.

Un acontecimiento de signo trágico se produjo en mi casa cuando yo contaba sólo siete años: mi padre, que tenía entonces cuarenta y siete, murió de repente a consecuencia de un infarto de miocardio. Su desaparición llenó mi casa de luto y de tristeza y transformó de la noche a la mañana la vida familiar en todos los órdenes (incluido, por supuesto, el económico, que hasta ese momento había sido muy desahogado y que a partir de entonces experimentó notables recortes). Allí acabó el paraíso infantil para mi hermana, para mi hermano y para mí. Aunque entonces no advirtiera del todo su alcance, aquella muerte me hizo tomar conciencia temprana del tiempo y de los estragos fatales que ocasiona. La ausencia de la figura paterna creó en mí una desprotección que me llevó a replegarme sobre mí mismo, a interiorizarme y a madurar de pronto en muchos aspectos (en otros, en cambio, maduraría con mucha lentitud). Es desde luego muy posible que aquel hecho tremendo por el que dejé de ser niño con tan sólo siete años tuviera algo o mucho que ver en mi acercamiento posterior a la poesía y hasta en el signo de una buena parte de los poemas que yo iba a escribir.

Otras circunstancias y motivaciones más recónditas de la infancia y del comienzo de la adolescencia debieron ir conduciéndome sin que yo me diera cuenta hacia la poesía. Algunas las intuyo con vaguedad y quizá podría apuntarlas aquí como hipótesis si dispusiera de más tiempo; otras las desconozco por completo.

El caso es que algo más adelante en mi vida, cuando acababa de cumplir catorce años, de la forma más inesperada y sin saber bien lo que hacía, puesto que aún no había leído demasiada poesía ni pensaba en ser poeta ni nada de eso, escribí los primeros versos. Recuerdo muy bien cómo hice mi primer poema (e incluso algunos fragmentos del mismo, que de ninguna manera diré nunca a nadie). Era verano y estaba con mi familia en nuestra casa de Los Alcázares, una playa del Mar Menor murciano. Echaba mucho de menos a una chica de la ciudad de la que por entonces estaba enamorado. Un día, al atardecer, mientras la recordaba mirando a solas el mar desde el pequeño balneario del que nuestra casa disponía, comenzaron poco a poco a surgir los versos de ese primer poema mío. Los iba guardando en la memoria, porque no tenía en aquel lugar nada a mano para escribir. Cuando el poema estuvo terminado —ya había caído la noche—, regresé a casa y lo pasé en seguida a un cuaderno, por miedo de olvidarlo. Me pareció buenísimo cuando lo hice (aunque era, por supuesto, muy malo) y me proporcionó una emoción y una alegría verdaderamente increíbles. Esto es lo que puedo aportar ahora acerca de mi primera experiencia poética, tan pura, tan honda y tan conmovedora para mí. Escribí el mencionado poema, y otros que le siguieron, del modo más natural, como si respirara o cantara y sin pensar nunca que aquello tuviera algo que ver con la poesía ni que escribir poemas iba a ser el camino que yo habría de seguir luego. Por lo demás, el intentar algún poema durante la adolescencia —esa edad terrible en la que empiezas a buscarte a ti mismo y en la que sueles sentirte tan sin remedio solo— es una experiencia bastante común. Lo que ya no resulta tan corriente es el persistir después con ilusión y con fe en tal empeño durante toda una vida. Y eso es lo que me ha ocurrido a mí, que he

persistido hasta hoy, mas sobre el porqué de tal perseverancia no creo que pueda aclarar mucho, pues siempre me ha parecido un enigma: la verdad es que no sé por qué escribo poesía, en lugar de hacer alguna otra cosa.

Aquellos primeros ejercicios poéticos, en los que me ocupaba sin continuidad, me complacían mucho y me descubrieron que era hermoso intentar decir por escrito lo que uno sentía, lo que uno pensaba, imaginaba o soñaba. Mi ya antiguo interés por la lectura se mantenía e incluso se fue incrementando. Me nutría de los libros de una biblioteca pública bastante buena de mi ciudad. Leía todo lo que caía en mis manos, con un afán omnívoro. Me empleaba a fondo tanto en la literatura española como en la extranjera, desde los clásicos más remotos (Homero y otros más exóticos y distantes de nuestra tradición, como nada menos que el *Ramayana* y el *Mahabharata*) hasta la generación del 27, que era entonces lo más moderno para mí. Así transcurrieron algunos años. Y cuando tenía diecisiete, sin motivo aparente, de misteriosa manera, aquella esporádica afición mía a escribir poesía se transformó de súbito en una verdadera vocación exclusiva y casi absolutamente incompatible con ninguna otra afición, interés u ocupación. Era como una obsesión, una fiebre maravillosa. El llegar a ser un verdadero poeta me parecía el único destino digno y asumible. Sí, estaba claro. Me dije que desde entonces pondría siempre todo lo que yo era, todo lo que en mí había, al servicio de aquella vocación. Ninguna otra empresa tendría de verdad nada que ver conmigo. Acaso no he sentido nunca una plenitud tan absoluta. La realidad entera era nueva para mí tras aquella revelación. La luz brillaba más, el mundo olía de otra forma. Pasaba los días y las noches entregado a mi quimera, al sueño hermosísimo de verlo todo a través de la poesía, a través de las

palabras y de su música. Todas las cosas tenían un ritmo en su ser, que era el que las hacía vivir e integrarse en el universo, y poco a poco quizá lograra yo decir en mis versos ese ritmo que ya oía, que ya sentía en el alma y en el cuerpo. Había que trabajar sin desmayo, con ilusión y autenticidad, para aprender a decirlo. Desde entonces hasta hoy mi vocación ha sido el centro de mi vida.

Escribí mucho a partir de ese momento, pero nada de lo que escribía me dejaba satisfecho y a nadie lo mostraba. Nunca he sido uno de esos poetas que precisan enseñar al prójimo cuanto hacen casi en el mismo instante en el que lo terminan. Yo era pudoroso y tenía, además, mucho amor propio y me decía que hasta que no creyera que tal vez mis poemas poseían algún valor nadie sabría siquiera que escribía. Gracias a lo exigente que era para conmigo mismo y para con mi labor, no me precipité a la hora de publicar y prácticamente todos los poemas escritos durante una década (1965-1974), a lo largo de mi casi completa prehistoria, nunca vieron por fortuna la luz.

De 1974 a 1977 fui redactando los poemas del que habría de ser mi primer libro, *Maneras de estar solo*. Los escribí sin tener en absoluto en cuenta el contexto poético inmediato, lo que por entonces hacían los poetas españoles de mi edad, que no eran otros que los llamados novísimos, de los que no sabía demasiado en ese tiempo y que a mi modo de ver escribían como en broma. Nunca he sido un poeta preocupado por “lo que se está haciendo ahora”, y menos en mis inicios. Me hallaba al margen de la actualidad, que es algo que aunque sólo sea por curiosidad te empieza a interesar después, cuando te implicas más en el oficio, en la vida literaria. Escribí, pues, mi primer libro como pude y supe, teniendo como referencia a todos los grandes poetas del pasado y sin pretender estar en la onda de lo que hacía la gente de

mi generación. Siempre he sido bastante ajeno a tales vecindades. Algo del aire del momento (el irracionalismo y el brillo un poco subido de ciertas imágenes y espero que poco más) logró colarse de rondón, sin embargo, en aquella obra mía primera.

Cuando el libro estuvo terminado, pensé que debería intentar sacarlo a la luz, pues al haber sido escrito en la más absoluta soledad necesitaba yo que los demás opinaran sobre él, para que se me despejaran las dudas que albergaba sobre su valor. Pero lo que me proponía no era nada fácil de llevar a cabo por aquellos años, y más teniendo en cuenta que se trataba de un primer libro y que el autor del mismo era un poeta joven que vivía en su provincia y que no conocía a nadie relacionado con el mundo editorial ni con los medios literarios. El único camino digno y rápido que en mis circunstancias se me ofrecía era el de probar suerte en algún concurso importante. “Si por casualidad sonara la flauta, se solucionarían de golpe todos los problemas que tengo, todas estas dudas que tanto me inquietan”, me decía yo cuando tomé la decisión de enviar mi libro al Premio Adonais, muy prestigioso por aquel tiempo. Tuve la suerte de ganarlo, para sorpresa mía y de todos, pues hasta mi familia ignoraba que hubiera escrito el libro y sólo dos o tres personas sabían de su existencia. El acontecimiento me proporcionó la felicidad de ver mi obra publicada en seguida en una colección muy conocida y que se distribuía bien en toda España. No podía pedirse más. Aquel premio tuvo mucha importancia para mí en su momento, por haberme llegado cuando más lo necesitaba. Me confirmó hasta cierto punto como poeta no sólo ante los otros, sino también ante mí mismo, y me animó a seguir trabajando. El reconocimiento público, un cierto reconocimiento —sin alharacas excesivas— cuando uno es joven y se encuentra en el inicio de su trayectoria,

estimula indudablemente a cualquiera y lo responsabiliza de lo suyo. Quiero decir aquí que ni antes ni después de obtener el Premio Adonais he participado en ningún otro certamen. Un premio interesante está muy bien para empezar. Luego, a mi entender, hay que seguir nuevos rumbos.

Desde la aparición de *Maneras de estar solo* hasta el presente me he mantenido en la brecha, sin perder nunca la fe en la poesía y dispuesto siempre a servirla en la medida de mis posibilidades. He publicado cinco libros de poemas, todos ellos recogidos hoy en el volumen titulado *Las cosas como fueron*, cuya última edición salió en Tusquets Editores el año pasado. Dentro de muy poco la misma editorial publicará mi sexto libro, *La certeza*, en el que por ahora culmina una trayectoria de más de treinta años, sin contar el largo período de formación anterior al comienzo de mi primer libro.

El escribir poesía es para mí una manera de entender y de considerar la vida, de acercarme a ella y de confundirme con su sustancia; un ser y un estar. Y un destino hermoso como pocos, del que hay que hacerse digno asumiéndolo hasta sus últimas consecuencias. Percibo las cosas del mundo a través de la poesía, que no es en modo alguno el reino de lo subjetivo, de lo neblinoso e indeterminado, de lo arbitrario, sino la posibilidad de aprehensión de la realidad más rigurosa, lúcida y comprensiva que conozco. No escribo para explicarme el misterio del mundo —los misterios no tienen explicación—, sino para participar de él, para formar parte del corazón de ese misterio. La poesía no soluciona ni al individuo ni a la colectividad los problemas diarios de la vida (la injusticia y toda la miseria que de ella se deriva, por ejemplo), ni da respuestas concretas y unívocas a las grandes preguntas existenciales (el porqué del amor, del odio, de la soledad, de la muerte), sino que nos pone en contacto con los enigmas del vivir y nos anima a

mirarlos de cerca, a meditar sobre ellos y a adoptar consecuentemente actitudes y conductas. Semejante ejercicio moral transforma al individuo, hace surgir en él a alguien que no era antes y lo mejora como ser humano. La poesía vivida con autenticidad (tanto por el poeta como por el buen lector), proporciona a la existencia una intensidad excepcional y la limpia de banalidades. Vivimos en gran medida nuestra cotidianidad sin advertir que vivimos; hay mucho ruido que nos distrae, mucha intrascendencia que nos dispersa. La poesía nos acerca a la vida en su sentido más hondo, depara al hombre conciencia del mundo, de su persona y de todo el tiempo de su vivir (el presente, el pasado e incluso el futuro, fundidos en un tiempo único y no fragmentado).

Tal vez estimen algunos que haber escrito en tantos años los libros que he escrito no es precisamente demasiado escribir. Y llevarán razón. Pero no ha estado en mi mano hacer más. Siempre he escrito poesía —lo único en realidad que yo he escrito— de manera discontinua, sin ninguna regularidad. Las épocas en que escribo poemas con cierta frecuencia —aunque nunca escriba demasiado— se alternan con períodos más o menos dilatados en los que no hago nada o casi nada. Por tal motivo, no me considero un *profesional* de la poesía —cosa que me satisface, pues las profesionalizaciones artísticas me horrorizan y me parecen tristes—, pero tampoco creo que pueda decirse de mí que, como poeta, sea un aficionado. Mi voluntad y mi ilusión de hacer poesía han sido en todo momento firmísimas. Incluso en las épocas de menor actividad —llenas siempre de desasosiego y de remordimientos—, tengo durante las veinticuatro horas del día la conciencia de la labor pendiente, el clavo fijo de un deber al que hay que ir dándole cumplimiento. Esa responsabilidad ineludible es quizá la que impide que en mi interior se produzca desconexión

entre unos períodos creativos y otros. Aunque no escriba, no tengo nunca la sensación de estar de vacaciones y alejado de la poesía, y la preocupación constante de realizar la tarea que he de cumplir, sin duda va haciendo madurar en mi interior los poemas que más tarde pasarán al papel.

Ya dije al principio que aun siendo los que son y como son, mis libros me parecen la materialización de un sueño, un regalo de la vida, y que desde luego no tengo en absoluto la sensación de haberlos escrito, de ser yo su autor. Siempre he creído, con total convencimiento, que los libros de poesía se escriben a sí mismos. La poesía es anterior al poeta y al poema. En este sentido podría afirmarse que el poeta no es más que el hilo conductor de la poesía, un colaborador necesario para que la poesía se haga poema, un cierto poema concreto, y para que éste llegue a ser como él quiere ser. Desde luego el poeta ha de poner en esa colaboración todas sus fuerzas y toda su ilusión. Y así irá poco a poco sacando por completo el poema a la luz, en un tira y afloja que la mayor parte de las veces suele ser bastante agónico. Nadie que no se dedique a estos menesteres podría imaginar la cantidad de energía y de atentísima paciencia que ha de emplear el poeta para hacerse del todo con el poema, ni la satisfacción que siente cuando por fin lo consigue y sabe que ese bien será ya para siempre suyo. Sin embargo, muchas veces, a pesar de la buena voluntad del poeta y de sus fervorosos anhelos, el poema fracasa, porque lo que oímos cuando lo estamos escribiendo no es la verdadera poesía, sino otra cosa, un error, un error de más o menos quilates, pero no un verdadero poema. La auténtica poesía visita muy infrecuentemente al poeta a lo largo de su vida. Pero para que acuda cuando decide acudir, para que el poeta alcance la suerte increíble de llegar a hacer unos pocos poemas perdurables,

son por supuesto necesarios todos los ejercicios fracasados, todos los poemas que aspiraban a ser y que no llegaron a lograrse.

Cuando escribo poesía no tengo la sensación de ser un relojero, es decir, alguien que va montando las piezas de un artefacto verbal y que sabe de antemano que poniendo este adjetivo aquí, este sustantivo allá, esta musiquilla por el otro lado y tal metáfora en el verso dieciocho el invento funcionará como se había previsto de antemano. Es posible que en la mente del poeta, antes de comenzar a escribir, esté a veces una cierta idea de lo que aspira a alcanzar, pero cuando el poema empieza a llegar al papel adquiere su propia dinámica y va por donde él cree que debe ir. Del proyecto original del poeta apenas suele quedar nada al final del proceso, o acaso quedará sólo el núcleo de lo que en principio se pretendía, aunque absolutamente transformado. Se ha dicho en ocasiones con acierto y exactitud que el poeta es el primer lector de su poema: lo va descubriendo a la vez que lo hace, y no lo conoce del todo hasta que no lo termina. La poesía no es un espejo ni una máquina fotográfica; si nos diera sólo un reflejo o una copia de la vida, no sería vida ella misma, no sería en verdad creación. La poesía, en cualquiera de sus manifestaciones, crea vida a partir de la vida —como sucede en la naturaleza—, añade realidad a la realidad preexistente. El mundo es más grande desde que existen la *Ilíada* y la *Odisea* y se haría más pequeño y triste si desaparecieran de pronto Cervantes, Velázquez, Mozart o Pessoa. Hay poetas que afirman que en un poema podrían haber dicho lo que han dicho o todo lo contrario. Yo no. Sólo por mí mismo no habría acertado a escribir ni lo que escribí ni lo opuesto; me atengo a lo que el poema quiere expresar y lo ayudo a decirlo, pero no puedo manipular el poema a mi capricho y llevarlo por aquí o por allí. Si alguna vez he intentado esa *operación*, me ha

fracasado el poema. Por tal motivo, al referirme a la poesía nunca hablo de construcción, de invención, sino de creación. Algunos dicen que construyen el poema a su antojo, que inventan sus mecanismos y los hacen funcionar de este modo o al revés. Los artilugios, las cosas hechas de distintos trozos ensamblados o atornillados, en efecto se inventan, se construyen, funcionan. Pero no los organismos naturales y completos, los seres vivos; los seres vivos respiran, laten. El poeta auténtico crea, hace criaturas; no es un inventor ni un arquitecto.

Y por otro lado, claro está, la poesía tiene una parte indiscutible de oficio. Como es natural, conocer lo mejor posible el oficio es obligación primordial del poeta y de todo aquel que desee que el trabajo que desempeña esté bien hecho. Sin el oficio no se puede dar ni un paso, pero ese conocimiento técnico es algo que al poeta se le supone, como el valor al soldado. No hay poeta si no hay oficio (aunque en los tiempos que corren esta palabra tal vez les suene a chino a muchos que dicen escribir poesía), pero de todos es sabido que el oficio sin más no vale para nada. Los innumerables y benditos útiles de la retórica están ahí para que el poeta se sirva de ellos con discreción y con personalidad. Resultan indispensables para el advenimiento del poema, si bien en la naturalidad última que ha de mostrar éste no han de quedar rastros de manipulaciones ni de forcejeos. Y por supuesto lo único que al final importa es que el fruto de la labor del poeta logre conmovernos, que sea emocionante.

Porque la piedra de toque de un poema auténtico es la emoción. Eso es lo fundamental. Un poema que no emocione no es para mí un verdadero poema, es decir, no tiene mucho que ver con la poesía mejor. Existe el poema sin emoción (el poema frío, o ingenioso, o incluso chistoso), pero es siempre un poema de

segundo orden. Un buen poema es aquel que cuando lo leemos nos pone la carne de gallina y nos zarandea y casi nos tira de espaldas. Sentimos al leerlo que hay allí una verdad muy honda, una verdad que no es una ocurrencia del poeta ni pertenece en realidad sólo al poeta, sino que concierne a todos los humanos. Un poema emocionante no puede ser escrito más que por un poeta emocionado, por un poeta que durante el proceso de creación del poema se encuentre del todo conmovido, por más que la emoción que siente haya de estar controlada con absoluto rigor y en todo momento mientras escribe (de lo contrario, su poema no sería obra de un poeta, sino de un individuo sin pretensiones artísticas que sentimentalmente se “desahoga”). Si en el poema no hay emoción, no pasará éste de ser una desangelada tarea o un simple entretenimiento, algo hecho con la voluntad, con el intelecto, con el ingenio, con el oficio, y en el que no se le ha dado parte de verdad a todas las facultades del ser de su autor. A algunos les gusta jugar a la poesía, jugar con la poesía, como podrían jugar al parchís o hacer crucigramas. No está mal jugar un poco de vez en cuando, y los resultados de tal actividad podrán ser graciosos, bonitos, curiosos, sugestivos, intelectualmente atractivos. Pero sólo eso, en el mejor de los casos. Me parece, por lo demás, que el estar jugueteando y entreteniéndose a todas horas con la poesía debe de aburrir bastante; hay pasatiempos más divertidos.

Toda la poesía que hasta la fecha he escrito tiene un marcado carácter autobiográfico, y en este sentido estimo que *Las cosas como fueron* podría verse con propiedad como una especie de autobiografía poética (el mismo título del conjunto apunta ya en esa dirección). Pero esta afirmación habría que matizarla diciendo que lo autobiográfico bien entendido no excluye en modo alguno todo lo demás. La poesía autobiográfica, cuando no se queda en lo

meramente anecdótico y particular, es vida personal trascendida y objetivada. No tiene por qué darse en ella, pues, un ensimismamiento machacón en el yo, un egotismo cerrado y sin horizontes. Con mucha frecuencia mis poemas tienen su origen en hechos de mi propia vida —que son los que me caen más a mano—, pero en el proceso de creación del poema es preciso que el material autobiográfico se universalice y se transforme en algo independiente de uno mismo. Si eso se logra, al hablar de mí estaré hablando también de mis semejantes (es decir, de los que son como yo), que podrán ver en mis versos con cierta sorpresa su propio rostro como en un espejo, y que por consiguiente tendrán la posibilidad de reconocerse allí sin dificultad. Creo, además, que en la poesía que yo he escrito no sólo se considera mi propia vida y la de los otros, sino que asimismo se le presta una atención constante al entorno, a los lugares en los que la vida sucede: el paisaje urbano o la naturaleza en toda su amplitud, que alcanzan a veces importancia capital en mis poemas. Es decir, que lo autobiográfico es mucho más general y abarcador de lo que en principio pudiera parecer. Quiero advertir, por otra parte, que en mis versos recientes, en algunos de los poemas de mi último libro, ha ido surgiendo una línea de poesía menos apoyada en hechos o anécdotas concretos, más puramente reflexiva, sin que me haya adentrado yo por ello como poeta, según creo, en los secarrales de la abstracción.

A pesar de lo que he dicho sobre la necesaria transformación de los elementos autobiográficos, no estoy muy de acuerdo, por lo que a mi obra respecta, con la teoría tan en boga desde hace algunos años de que el poeta, a causa de la necesidad de objetivar lo personal, llega a crear en sus obras un personaje poético ajeno a su autor, un personaje independiente y tan personaje de ficción

como el de, por ejemplo, una novela. Es cierto que al escribir un poema se produce, como es natural, una transformación más o menos intensa de los datos personales que uno maneja, para lograr universalizarlos y que entren a ser parte verosímil de esa realidad nueva que está surgiendo. Pero de ahí a sostener que el sujeto poético que aparece en lo escrito no tiene nada que ver con su creador va un largo trecho. Para bien o para mal, y sin ninguna duda, el personaje que yo haya podido crear en mis obras es alguien que se parece bastante a mí mismo.

La crítica me ha venido señalando desde mis comienzos como un poeta de estirpe elegíaca. Y estoy de acuerdo en que el tono elegíaco es el que ha venido predominando en mi obra. El conflicto que desde siempre he tenido con el tiempo —el tiempo es sin duda el tema principal de mi poesía—, me ha llevado al entendimiento de las cosas del mundo no desde la perspectiva de lo permanente y firme, sino desde el punto de vista de lo efímero e inestable, desde la desposesión. Y esa extremada y casi obsesiva tendencia mía llega con frecuencia a hacerme ver el presente e incluso el futuro como pasado, como algo ya sucedido. Pero en el fondo las diferencias entre la poesía elegíaca y la poesía himnica o celebrativa no son tan sustanciales como parece, y a menudo ambas modalidades poéticas pueden darse de manera entremezclada en un mismo poema. En realidad, el poeta auténtico siempre celebra, porque es un enamorado de la vida. No hay más que una poesía verdadera, aunque existan, eso sí, temperamentos poéticos diversos. Elegía y celebración vienen a fin de cuentas a ser la misma cosa, aunque en una y otra la realidad sea enfocada desde ángulos distintos, o más bien desde tiempos diferentes. La poesía himnica celebra la alegría de vivir y la hermosura del mundo en presente, mientras que la elegíaca

efectúa similar celebración retardadamente, es decir, cuando lo que se pretende celebrar se encuentra ya concluido y en el pasado, en un más o menos remoto pretérito, y de ahí se deriva por cierto su lamento y su tono melancólico. Y al aludir a la melancolía, quiero decir que la poesía elegíaca, y en particular la que yo he escrito, no es una poesía de tintes negros, sumida en la tristeza irremediable y en la desesperanza. Los sentimientos negativos son estériles; no pueden crear, y la poesía es ante todo creación. La melancolía, por el contrario, es un estado de ánimo que proporciona un estímulo poético extraordinario, y que nos acerca de forma particularmente intensa, a través del recuerdo y de la evocación, a lo que fue pasto del tiempo.

Creo necesario señalar, para ser preciso, que aunque el tono elegíaco sea el que predomina en mis versos, es posible encontrar con frecuencia en todos mis libros poemas de neta celebración. Y esto sucede de manera más acusada aún en mi último libro, de próxima publicación, en el que el tono esperanzado se va abriendo camino por sus páginas hasta culminar en una especie de cántico que tal vez sorprenderá a algunos. En fin, podría decirse, con algo de necesario humor, que aprendemos a remediar ciertas cosas de la vida demasiado tarde y que el tiempo nos va curando las melancolías del tiempo cuando apenas queda tiempo para nada.

No querría terminar sin apuntar aquí algunas anotaciones acerca del constante proceso de despojamiento que a mi juicio se ha ido produciendo en mi poesía a lo largo de los años, y de la tendencia cada vez mayor hacia la claridad que lo ha acompañado. La evolución natural y la experiencia de la vida y de la poesía que uno va adquiriendo con la edad son a mi entender las responsables de tales positivos avances. La juventud es siempre más barroca que la madurez. El poeta joven quisiera decirlo todo de todas las

maneras y a la vez, y como consecuencia se le acumulan en el papel montones de palabras que impiden ver lo que pretende mostrar. En un poema todo resulta más efectivo si restamos en vez de sumar, si quitamos en vez de poner. No sé si era Miguel Ángel el que decía con enorme acierto que sus esculturas estaban ya dentro de los bloques de mármol antes de que él empezara a esculpir las y que lo único que había que hacer para que salieran a la luz y pudiéramos verlas con nitidez era ir quitando todo lo que en esos bloques sobraba. Me parece evidente que en mi poesía, desde el primer libro hasta el último, se ha ido dando una incesante esencialización, tanto en los temas como en las formas. Es importante saber, sin embargo, que en la principalísima tarea de ir desechando todo lo innecesario ha de haber unos límites y que es preciso acertar a detenerse en el momento justo. La poesía no debe adelgazar hasta caer en la anorexia y quedarse en los puros huesos, como en la época de la poesía pura o en los minimalismos, misticismos de pacotilla y demás ocurrencias macrobióticas actuales. El poema ha de tener también su carnalidad, su sensualidad. Hay que dejar sobre el papel al ser vivo completo, a la criatura entera, y no sólo el esqueleto de la criatura.

Y por lo que respecta a la claridad, he de decir que estoy muy satisfecho de que algunos la destaquen como una de las peculiaridades de mi obra poética. Nunca me han interesado los galimatías, esos poemas en los que no se entiende ni pío y que lo mismo da leerlos al derecho que al revés. La vida es compleja y misteriosa, pero es a la vez transparente y nítida. Así es también la poesía que prefiero leer y la que siempre he intentado escribir. La oscuridad sin porqué en cualquiera de las artes me parece un engaño bobo. Si miro por una ventana y veo algo tan simple y cotidiano como un atardecer, un árbol y unos pájaros que vienen a recogerse y a dormir allí, siento que estoy contemplando un misterio

grandísimo y me lleno de asombro. Pero en poesía hay que hablar de ese misterio de manera que el lector pueda participar de lo que han visto tus ojos y de la emoción que has sentido al verlo, y no de forma que no vea ni entienda nada o perciba algo por completo distinto a lo que contemplaste. El problema de la poesía que se entiende es que se entiende para bien y para mal. Si el poeta que escribe con claridad no tiene nada que decir, los lectores le verán en seguida el plumero y se percatarán de su vaciedad. Ese es uno de los motivos de tantas oscuridades en cualquiera de las artes. La oscuridad disimula, disfraza, oculta, y siempre habrá tontos dispuestos a comulgar con ruedas de molino y a pensar que lo que no se entiende tiene mucha miga. Que sigan quienes quieran con sus abstrusas tabarras, con sus enrevesadas murgas. Yo le estoy agradecido a la vida por el agua clara, por el aire limpio, por el cristal transparente, y ruego al cielo para que mi poesía nunca los niegue ni los traicione.

Y en fin, hasta aquí hemos llegado. A pesar de haber hablado más de la cuenta, me parece que se ha quedado casi todo sin decir. Les pido disculpen estos balbuceos y les doy las gracias por haber venido a oírme y por su paciente y atenta manera de escuchar.

(Marzo de 2005)

Selección de poemas

TARDE DE JUNIO

Ahora, juntos, vivimos la hermosura
de esta tarde de junio,
el fulgor de las horas en que nos entregamos
al conocimiento de la verdad del amor,
a la gran llamarada del encuentro.
Ahora sabemos que toda la alegría
cabe en el mundo breve de esta habitación,
en el espacio ardiente de este lecho.
La luz cansada del atardecer
dibuja sobre el tiempo islas doradas.
En un rincón del cuarto
brilla la enredadera de la música.
Un viento súbito sacude nuestros cuerpos,
y lo olvidamos todo.
Después regresan las miradas lentas,
los gestos satisfechos, las sonrisas.
Y luego contemplamos en silencio
con qué dulzura va cayendo la noche
sobre la indiferente ciudad que nos rodea.

(De *Maneras de estar solo*)

*L*A VOZ DE AQUELLA FLAUTA

Me acuerdo de haber visto en la estación
de una pequeña ciudad del sur de Yugoslavia
a un viejo campesino de ojos tristes
que allí aguardaba el tren,
como yo y mis amigos y otras gentes.

Era en la fresca madrugada de un día de verano
que había sido hermoso.

Casi todos estaban
durmiendo o dormitando en la alta noche
para abreviar el tiempo de la espera
y aliviar su cansancio.

Mas el anciano no dormía;
y yo, también sin sueño, lo miraba:
se había sentado sobre su maleta,
en un rincón en sombra,
y apoyaba la espalda en un muro manchado
por la humedad y el tiempo.
A su lado, en el suelo, acompañándole,
brillaba la botella de vino en la que ardía
un dios rojo y alegre.

Entonces vi cómo sacaba de su bolsa de viaje
una rústica flauta de madera

que con amor se aproximó a los labios.
Y se llenó la noche de repente
de una música dulce, quejumbrosa y nostálgica.

Más tarde llegó el tren.
Al fin, partimos,
y entre la gente se perdió el anciano.

Pero yo lo recuerdo: puedo verlo
cuando cierro los ojos y busco en la memoria.
Y puedo oír aún la voz de aquella flauta,
que ahora, igual que entonces,
se abre camino hasta mi corazón.

(De Páginas de un diario)

*L*A INSPIRACIÓN

En ocasiones, cuando intenta
escribir y resulta vano
el empeño y se desespera
ante el hostil papel en blanco,
de pronto ocurre, por sorpresa,
después de mucho, mucho rato
de tentativas, de paciencia,
algo que no esperaba, algo
con lo que el cielo recompensa
sus sinsabores: un milagro.
Y, casi sin buscar, encuentra
la palabra justa, el vocablo
que necesita, la manera
de que lo oscuro se haga claro.
Surge la luz. Todo se ordena.
En el papel se posa el canto.
Y cuando al fin queda el poema
completamente terminado,
quien lo escribió, confuso, piensa
que no es verdad, que está soñando.

(De *Elegías*)

A VISO DE CAMINANTES

En la suma de días indistintos
que la vida da al hombre, acaso hay uno
en que el destino, trágico y hermoso,
pasa por nuestro lado y el azar manifiesta
una insólita luz, un desusado
fulgor inconfundible.

Pero no has de dudar. Ten el coraje,
cuando llegue el momento,
de abandonar las cosas con que siempre
te engañó la costumbre, y sube pronto
a ese carro de fuego.

Poco dura
el milagro.

Después, si te negaras
a partir, sólo noche
merecerás. Y nunca, aunque quisieras,
podrás comprar la luz que despreciaste.

(De *Elegías*)

*E*PITAFIO

Detened, caminantes, vuestros pasos.
Sabed que aquí reposa alguien que amara mucho
La hermosura del mundo: los árboles, los libros,
La música, el verano, las muchachas.
No preguntéis quién fue, ni desde cuándo
Es ya silencio, olvido de las cosas.
En la tierra que cubre sus despojos
Plácidamente descansad un rato.
Y proseguid después vuestro camino
Bajo el propicio sol que en su noche os desea.

(De *Elegías*)

L A PLAYA

Nadie podrá quitarme —me digo— la ilusión de soñar que ha existido esta mañana. Se ha detenido el tiempo: oigo tu risa, tus palabras de niño. Nunca he estado tan conforme con todo, tan seguro de mi alegría. Juegas junto al agua, y te ayudo a recoger chapinas, a levantar castillos de arena. Vas corriendo de un sitio para otro, chapoteas, das gritos, te caes, corres de nuevo, y luego te detienes a mi lado y me abrazas y yo beso tus ojos, tus mejillas, tu pelo, tu niñez jubilosa. El mar está muy azul y muy plácido. A lo lejos, algunas velas blancas. El sol deja su oro violento en nuestra piel.

Me digo
que es cierto este milagro, que es verdad
el inmóvil fluir de la quieta mañana,
la ilusión de soñar el remanso dulcísimo
en el que acontecemos como seres
dichosos de estar vivos, felices de estar juntos
y de habitar la luz.

Pero escucho, de pronto,
el ruido terrible y oscuro y velocísimo

que hace el tiempo al pasar, y la firmeza
de mi sueño se rompe; se hace añicos
—como un cristal muy frágil— la ilusión
de estar aquí, contigo, junto al agua.
El cielo se oscurece, el mar se agita.
Siento en mi sangre el vértigo espantoso
de la edad: en un instante, transcurren muchos años.
Y te veo crecer, y alejarte. Ya no eres
el niño que jugaba con su padre en la playa.
Eres un hombre ahora, y tú también comprendes
que no existió, ni existe, ni existirá este día,
la venturosa fábula de mis ojos mirándote,
la leyenda imposible de tu infancia.
Estás solo, y me buscas. Pero yo he muerto acaso.
Somos sombras de un sueño, niebla, palabras, nada.

(De *Autorretratos*)

U NA MUCHACHA

Ha salido, tal vez, de su casa hace un rato.
No va a ninguna parte. Da gusto, en primavera,
pasear a estas horas sin rumbo, mientras cae
la tarde lentamente y vuelan los vencejos
en la luz que declina. Ha estado en un jardín;
pasó por una plaza y por una alameda.
Tiene ganas de andar.

Ahora, el azar la trae,
despacio, hasta mi calle. Yo, aburrido, me asomo
a un balcón de mi casa, y, al mirar hacia abajo,
la veo venir. Tendrá veinte años apenas.
Camina con la gracia que regala la vida
a quien es bello y joven: gloria breve del cuerpo;
milagro de lo efímero, que cifra en su relámpago
visos de eternidad.

Ajena a mi mirada,
se va acercando. El oro del sol último brilla
en su piel, en sus ojos, en el dulce desorden
oscuro de su pelo. En este instante, cruza
de una acera a la otra. No sabe que la observo,
que su fugaz presencia me hace feliz. Muy pronto
pasará por la puerta de la casa en que vivo.
Ya llega. Ya ha pasado. Y sigue. Y va alejándose.
Dentro de unos momentos doblará aquella esquina.

(De *Autorretratos*)

C ASTA DIVA

Siempre que hay luna llena
y estoy solo y contemplo con unción cómo el astro
lentamente recorre su camino en el cielo,
vuelvo a una noche de mi adolescencia
que no he olvidado nunca.

Era verano, y, como de costumbre,
estaba yo con mi familia
—mi madre y mis hermanos; ya había muerto mi padre—
en el campo, en la casa que otras veces
he dicho en mis poemas: aquella casa blanca
que hicieran mis mayores en el centro
de una antigua heredad.

Anohecía.

Me encontraba sentado en un sillón de mimbre,
al lado de la puerta de la casa. Cerré
el libro en que leía, porque ya no quedaba
luz apenas.

Entonces,
mis ojos se encontraron, de improviso,
con la luna: iba alzándose
—roja y redonda, enorme, misteriosa—
allá, a lo lejos, en el horizonte.
Y yo, sobrecogido, contemplaba
su solemne hermosura.

Poco a poco,
ascendía en el cielo. Y, al elevarse, fue
cambiando de color: pasó del rojo
al amarillo, y, luego, al blanco puro.
La noche se cerró. Titubeantes,
surgieron las estrellas. El tiempo, remansado,
era un silencio lleno
de tierna luz, de intimidad, de dicha.

Una sirvienta vino
a llamarme: la cena ya esperaba.
Y entré en la casa y me senté a la mesa
con los míos.

Más tarde,
tras un rato de alegre charla, llegó la hora
de acostarse, y nos fuimos retirando
a nuestras respectivas alcobas.

Al entrar
en la que yo ocupaba, observé con sorpresa
que la luz de la luna penetraba a raudales
por la abierta ventana.

Me acosté,
mas no pude dormirme. Daba vueltas
y vueltas en el lecho. Y miraba, hechizado,
la dulce claridad que iluminaba
las sábanas, mi cuerpo, el cuarto todo.

Al fin,
decidí levantarme.

Presté atención: dormían
mi madre y mis hermanos. Podía oírse,
en el silencio, cómo respiraban
con placidez.

Despacio, sigiloso,
anduve a tientas en la oscuridad.
Y, al cabo, hallé la puerta
que buscaba. La abrí. Y, furtivamente,
abandoné la casa.

Estaba el campo
empapado de luz, lleno de aromas
y de sosiego. Sólo se escuchaba
el canto de los grillos, el ladrido
de algún perro lejano. En la quietud nocturna,
todo callaba, toda cosa era
paz y recogimiento.

La bóveda celeste
palpitaba. Los astros
no eran mundos distantes: colgaban en racimos
sobre el campo, brillaban
encima de mis ojos, allí mismo, a mi alcance,
como frutos de plata que la noche ofreciera
a mis ingenuas manos.
El plenilunio estaba en su momento
de máximo esplendor. La luna, quieta
en el centro del cielo, me miraba
como mira una madre, con mucho amor, y ungía
con su luz mi inocencia.

Todo mi ser vibraba, entregado al misterio
de aquella noche mágica. Y caminé sin rumbo
por los campos, henchido el pecho
de emoción, de entusiasmo; ebrio mi espíritu
del divino fulgor que me daba la luna.

Yo era en aquel entonces casi un niño,
apenas un muchacho que conservaba intacta
su original pureza.
Mi vida estaba unida a la verdad del mundo
por un hilo secreto.
Y en mi sangre latía la música que mueve
a la gran muchedumbre de los seres creados.

Pasaron en un soplo las horas. Y la luna
se hallaba ya en la parte descendente
del arco que trazaba ella misma en el cielo.
Su luz era más pálida. Y las estrellas iban
poco a poco apagándose.

Volví en mí de aquel éxtasis, de aquel sueño
hermosísimo
que soñara despierto.

Y como quien retorna
de un viaje muy largo y muy dichoso,
con los ojos alegres
y con el alma llena de indecible ventura,
regresé yo a mi casa.

Abrí la puerta
con cuidado. Aún estaban
todos durmiendo. A oscuras, de puntillas,
fui andando hasta mi cuarto.

Me eché sobre la cama.
Por la ventana abierta
empezó a entrar la aurora. Ya cantaban los pájaros.

(De *Autorretratos*)

*L*A LUZ NO TE RECUERDA

Entra la luz hoy en el cuarto como
entraba la otra tarde. Y no nos ve
aquí juntos de nuevo: no has venido.
Yo puedo recordarte.
Y te recuerdo, a solas, en esta habitación
—llena de nada ahora— que entonces compartimos.
Las palabras que hablamos, la música, tu risa,
y lo que entre nosotros sucedió en esas horas,
siguen viviendo en mí.

Pero la luz no te recuerda, porque
la luz ama el presente. Regresa sin memoria
a la estancia vacía. Y ya no sabe
que se enredó en tu pelo y que brilló en tus ojos,
que, a la vez que mis manos minuciosas, anduvo
despacio por tu cuerpo.

No, la luz no recuerda
haber estado aquí, contigo, con nosotros.
Llega, alegre y dorada,
al lugar en que ardiera la otra tarde la vida.
Y únicamente encuentra en su silencio
a un hombre recordando, recordándote:
un hombre triste, y derrotado, y solo.

(De *La vida*)

*E*N MITAD DE LA NOCHE

En mitad de la noche me desperté. Y había mucha luz en la casa. Oí, por el pasillo, ir y venir de pasos apresurados, voces tristes que lamentaban no sé qué, y, a lo lejos, como un lento murmullo —diríase— de oraciones entre llanto y gemidos susurradas. Sin duda, algo extraño ocurría. Asustado, confuso, llamé con insistencia a mi madre, mas nadie acudió de momento. Porfié, y al fin vino a mi cuarto, afligida, la sirvienta, y después de acariciarme un poco y abrazarme, la pobre, me dijo como pudo que mi padre había muerto, que había muerto hacía un rato, de repente.

Contaba

siete años yo entonces y tenía mi padre, cuando murió, la misma edad que tengo ahora. Casi cuarenta años han pasado y aún respiro aquella angustia. Mientras mi mano intenta escribir estos versos, voy viviendo de nuevo los momentos terribles de esa noche remota. Mi madre está sentada en un sillón, llorando con total desconuelo junto al lecho en que yace el cuerpo de mi padre. Yo me acerco y la beso; le digo que no llore, que no llore. Su llanto, en verdad, me conmueve más aún que el cadáver

—tan irreal, tan solo en su quietud— del hombre
que hasta ayer mismo era el centro de esta casa
y jugaba conmigo, con mi hermana y mi hermano.
La muerte transfigura, traza súbitamente
un enigma en su presa, y no reconocía
apenas a mi padre en aquellos despojos
misteriosos, herméticos.

Entonces no lo supe.

Pero hoy sé que esas horas en que tomé conciencia
del tiempo y de la muerte arrasaron mi infancia:
dejé allí de ser niño.

La casa fue llenándose
poco a poco de gente. Familiares y amigos
daban con su presencia lugar a repetidas
escenas de dolor. La noche no avanzaba.
Parecía que nunca iba a llegar la aurora.

(De *La vida*)

L UZ QUE NUNCA SE EXTINGUE

Te equivocas, sin duda. Alguna vez alcanzan
tus manos el milagro;
en medio de los días que idénticos transcurren,
tu indigencia, de pronto, toca un fulgor que vale
más que el oro más puro:
con plenitud respira tu pecho el raro don
de la felicidad. Y bien quisieras
que nunca se apagara la intensidad que vives.
Después, cuando parece que todo se ha cumplido,
te entregas, cabizbajo, a la añoranza
del breve resplandor maravilloso
que hizo hermosa tu vida y sortilegio el mundo.

Tu error está en creer que la luz se termina.
Al cabo de los años he llegado a saber
que en la naturaleza del milagro
se funden lo fugaz y lo perenne.
Tras su apariencia efímera,
el relámpago sigue viviendo en quien lo vio.
Porque su luz transforma y ya no eres
el hombre aquel que fuiste antes de que en tus ojos,
de que en el fondo oscuro de tu ser fulgurase.

No, la luz no se acaba, si de verdad fue tuya.
Jamás se extingue. Está ocurriendo siempre.

Mira dentro de ti,
con esperanza, sin melancolía.
No conoce la muerte la luz del corazón.
Contigo vivirá mientras tú seas:
no en el recuerdo, sino en tu presente,
en el día continuo del sueño de tu vida.

(De Seis poemas para un libro nuevo)

UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO

Al final de la infancia —tenía doce años—, estuve interno en uno de aquellos terroríficos colegios religiosos de la época. Era inhóspita y muy fría la ciudad en que alzaba ese centro sus muros carcelarios. Tras ellos, pasé yo un curso entero, solo, desesperado, entre dómines crueles y extraños condiscípulos. Me acuerdo, más que nada, del larguísimo invierno: nieve triste que cae sobre unos patios tristes, humedad minuciosa que hasta los huesos cala. Sufrí allí lo indecible. El corazón de un niño puede albergar a veces todo el dolor del mundo.

Pero también conservo de aquel infierno helado unos pocos recuerdos hermosos, cuya luz inextinguible siempre me acompaña y me salva: una vez por trimestre me daban el aviso de que había venido mi madre a visitarme. Yo acudía corriendo a la sala sombría en la que me esperaba. Y, tras abrir de golpe la puerta, la veía. Era verdad, era ella, joven aún, bellísima, cerca de mí, a mi alcance, llena de abrazos, besos, risas, dulces palabras.

(De Seis poemas para un libro nuevo)

A GUA DE MAYO

En el tren que una tarde de mayo me llevó
de Salamanca a Ávila,
no olvidaré que estuve
totalmente de acuerdo con la vida.

Era una tarde en la que diluviaba,
y frente a mi ventana iba pasando
todo el campo mojado: trigales ya crecidos,
a los que el agua daba un verdor muy reciente;
dehesas con encinas entregadas
a la quietud de su ensimismamiento
y terneros impávidos pastando
bajo la espesa lluvia;
algún pueblo pequeño,
con sus cigüeñas en los campanarios.

Y arriba un cielo trágico, como de fin de mundo,
lleno de apretujados nubarrones
sin cesar hostigados por hermosos relámpagos.

Marchaba el tren despacio; yo iba en el tren muy solo,
pero estaba contento y nada me faltaba,
porque es fácil sentirse venturoso y colmado
en una tarde como la que digo,
aunque sepamos bien que en otras ocasiones
puede la vida ser despiadada y terrible,
aunque el amor se acabe y aunque exista la muerte.

(Inédito)

LAS CIGARRAS

Es increíble la tenacidad
que en estas tierras que ganó el verano
exhiben, incansables, las cigarras.
No dudan nunca, muestran una fe
en que su canto es lo mejor del mundo
que para sí quisieran cuantos tienen
cualquier convencimiento. Son criaturas
de laboriosidad indeclinable
(aunque no sé por qué suele decirse
precisamente todo lo contrario)
y hacen su hermoso oficio un día y otro
sin ningún mal humor, con alegría,
y sin la cabizbaja seriedad
de la que las hormigas, por ejemplo,
en obedientes filas se envanecen.
Le resultan al sol imprescindibles
para forjar imperios hegemónicos.
Y cuando cesa su crepitación
se derrumba de súbito el verano.

(Inédito en libro)

*P*ARA GANAR LA LUZ

Cuánta pureza en esta luz que hoy
baja del cielo, y cuánta libertad
para mi corazón, que con frecuencia
en lo oscuro se obstina.

No es fácil ver la luz,
mirarla simplemente y ser dichosos.
Muchas cosas impiden que ese don que nos salva
a nuestros ojos llegue.

Para ganar la luz es necesario
que todo sea mirada en nuestro espíritu,
que mientras la miramos olvidemos
afanes y dolores, hábitos que nos ciegan.

A pesar de negarla tantas veces,
hoy de verdad la veo, la respiro, la escucho.
Mis ojos quieren ver. Y la luz deja
que descienda a mi vida su piedad, su alegría.

(Inédito)

Bibliografía

Libros de poesía de Eloy Sánchez Rosillo

- Maneras de estar solo* (Premio Adonais de Poesía de 1977), Ediciones Rialp (Adonais, 350), Madrid, 1978.
- Páginas de un diario*, Los Libros de la Frontera (El Bardo, 5), Barcelona, 1981.
- Elegías*, Trieste (Biblioteca de Autores Españoles, 21), Madrid, 1984.
- Autorretratos*, Ediciones Península / Edicions 62 (Poética, 16), Barcelona, 1989; segunda edición, 1989.
- Las cosas como fueron (1974-1988)* [recopilación de los cuatro libros anteriormente citados, con correcciones], Editorial Comares (La Veleta, 15), Granada, 1992; segunda edición, revisada, 1995.
- La vida*, Tusquets Editores (Marginales —Nuevos Textos Sagrados—, 150), Barcelona, 1996; quinta edición, 2004.
- Las cosas como fueron. Poesía completa, 1974-2003* [recopilación de los cinco libros del autor, de nuevo revisados y corregidos, con algunos poemas inéditos], Tusquets Editores (Marginales —Nuevos Textos Sagrados—, 221), Barcelona, 2004.
- La certeza*, Tusquets Editores, Barcelona, 2005 (en prensa).

Sobre la obra poética de Eloy Sánchez Rosillo (Selección)

- ALMUZARA, Javier: “Lo que es la vida”, *Clarín*, Oviedo, 6, noviembre-diciembre de 1996, pp. 78-79.
- ARGÜELLES, Juan Domingo: “La intensa poesía de Eloy Sánchez Rosillo”, *El Universal*, México, D. F., 15 de agosto de 2004, “Cultura”, p. 2.
- BALTANÁS, Enrique: “Poesía de diario”, *Clarín*, Oviedo, 51, mayo-junio de 2004, pp. 75-76.
- BALLART, Pere: “El poeta de lo precedero”, *Quimera*, Barcelona, 251, diciembre de 2004, pp. 67-69.
- BAQUERO GOYANES, Mariano: “La poesía de Sánchez Rosillo: redescubrimiento de la claridad”, *La Verdad*, Murcia, 14 de junio de 1981, “Suplemento Literario”, 57, segunda época, p. 5.
- DÍAZ DE CASTRO, Francisco J.: “Memoria de la luz”, *Vidas pensadas (poetas en el fin de siglo)*, Renacimiento, Sevilla, 2002, pp. 61-66.
- DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier: “La poesía elegíaca de Eloy Sánchez Rosillo”, en AA. VV.: *Historia y crítica de la literatura española*, al cuidado de Francisco RICO, vol. IX: Darío VILLANUEVA y otros: *Los nuevos nombres (1975-1990)*, Crítica, Barcelona, 1992, pp. 191-193.
- : “Poesía y concepto de la poesía en Eloy Sánchez Rosillo”, *Mundaiz*, Universidad de Deusto, San Sebastián, 57, enero-junio de 1999, pp. 71-86.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor: “Las cosas como fueron”, *ABC*, Madrid, 29 de enero de 1993, “ABC Cultural”, 65, p. 8.
- : “La vida”, *ABC*, Madrid, 20 de septiembre de 1996, “ABC Cultural”, 255, p. 8.

- GARCÍA MARTÍN, José Luis: “Apuntes, recuerdos, confidencias”, *La poesía figurativa. Crónica parcial de quince años de poesía española*, Renacimiento, Sevilla, 1992, pp. 88-97.
- : “Eloy Sánchez Rosillo”, *Treinta años de poesía española (1975-1995)*, Editorial Renacimiento y Editorial Comares (La Veleta), Granada, 1996, pp. 236-237.
- : “Eloy Sánchez Rosillo, fidelidad y verdad”, *La Nueva España*, Oviedo, 18 de marzo de 2004, “Cultura”, p. VII; recogido después con el título “*Las cosas como fueron (Poesía completa, 1974-2003)*” en *El Mundo*, Madrid, 25 de marzo de 2004, “El Cultural” (25-31 de marzo), p. 13.
- GARCÍA MONTALVO, Pedro: “El lugar de siempre. Itinerario poético de Eloy Sánchez Rosillo”, *El aire libre*, Comares (La Veleta), Granada, 2002, pp. 109-129.
- GARCÍA-POSADA, Miguel: “Eloy Sánchez Rosillo”, *Poesía española, 10: La nueva poesía (1975-1992)*, edición de Miguel García-Posada, Páginas de Biblioteca Clásica, Crítica, Barcelona, 1996, p. 63.
- : “La palabra limpia”, *ABC*, Madrid, 27 de marzo de 2004, “Blanco y Negro Cultural”, 635, p. 17.
- GÓMEZ ESPADA, Ángel Manuel: *Estudio del tiempo en la poesía de Eloy Sánchez Rosillo*, tesis de licenciatura inédita, leída en la Facultad de Letras de la Universidad de Murcia el 16 de marzo de 1998, 166 pp.
- HASTEIN, Bettina: “La poesía de Eloy Sánchez Rosillo en *Las cosas como fueron*”, tesis de licenciatura inédita, leída en la Universität des Saarlandes (Saarbrücken, Alemania) en enero de 1999, 105 pp.

- LÓPEZ-VEGA, Martín: “De la nostalgia en la vida y en los libros”, *Reloj de Arena*, Oviedo, 16, diciembre de 1996, pp. 36-37.
- LUNA BORGE, José: “Sánchez Rosillo o el solitario camino hacia la belleza”, *Escrito en el Agua*, Oviedo, 3, 1989, pp. 38-40.
- MOLINA CAMPOS, Enrique: “La poesía de Eloy Sánchez Rosillo”, *Nueva Estafeta*, Madrid, 36, noviembre de 1981, pp. 88-92.
- MORENO, Antonio: “La pureza del arquetipo (Sobre la poesía de Eloy Sánchez Rosillo)”, *Los espejos del domingo y otras lecturas de poesía*, Renacimiento, Sevilla, 2004, pp. 199-206.
- OLIVÁN, Lorenzo: “Maneras de no estar solos”, *El Diario Montañés*, Santander, 17 de enero de 1997, “Cultura”, p. V.
- : “Fugaz tránsito de la luz”, *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 20 de mayo de 2004, “Artes & Letras”, p. 9.
- PEÑALVER, Soren: “La propiedad de la memoria”, *La Opinión*, Murcia, 26 de marzo de 2004, “Sinfín”, 13/04, p. 14.
- PÉREZ OLIVARES, José: “Eloy Sánchez Rosillo”, *El hacha y la rosa (Tres décadas de poesía española)*, Renacimiento, Sevilla, 2000, p. 139.
- PIQUERO, José Luis: “Septiembre”, *Renacimiento*, Sevilla, 13-14, otoño-invierno de 1996, pp. 62-63.
- PRIETO DE PAULA, Ángel L.: “Elegía y transparencia en Eloy Sánchez Rosillo”, *La lira de Arión. De poesía y poetas españoles del siglo XX*, Universidad de Alicante, Alicante, 1991, pp. 263-288.
- : “Brasas de la elegía: sobre la poesía de Eloy Sánchez Rosillo”, en *De manantial sereno. Estudios de lírica contemporánea*, Pre-Textos, Valencia, 2004, pp. 219-235.
- : “La vida en verso”, *El País*, Madrid, 3 de julio de 2004, “Babelia”, 658, p. 11.

- RODRÍGUEZ, Josep María: “Luz que nunca se extingue”, *El Maquinista de la Generación*, Málaga, 8 (segunda época), octubre de 2004, p. 147.
- SÁNCHEZ REY, Virgilio: “Extraña misericordia”, *El Correo de Andalucía*, Sevilla, 1 de noviembre de 1996, “La Mirada”, 98, p. 31.
- SÁNCHEZ TORRE, Leopoldo: “Palabras que regresan, palabras para entonces”, *Reloj de Arena*, Oviedo, 5, marzo de 1993, pp. 33-35.
- SÁNCHEZ VALLÉS, Joaquín: “Con emoción y con melancolía”, *Turia*, Zaragoza, 39-40, marzo de 1997, pp. 318-321.
- TÉLLEZ, Rafael Adolfo: “Siempre la claridad viene del cielo, es un don”, *Renacimiento*, Sevilla, 45-46, 2004, pp. 115-116.
- TOVAR, Antonio: “Literatura vivida”, *Gaceta Ilustrada*, Madrid, 28 de junio de 1981, p. 23.
- TRAPIELLO, Andrés: “Lo mejor de una vida”, *La Vanguardia*, Barcelona, 19 de mayo de 2004, “Culturas”, 100, pp. 8-9.
- VV.AA.: “Eloy Sánchez Rosillo”, *El Correo de Andalucía*, Sevilla, 19 de abril de 1996, suplemento literario “La Mirada”, 79, 8 pp. [número monográfico sobre el autor, con artículos de Andrés Trapiello, Álvaro García, Leopoldo Sánchez Torre, José Mateos, Fernando Ortiz, José Julio Cabanillas y Miguel d’Ors].

ÍNDICE

	Pág.
Preludio para Eloy Sánchez Rosillo (A.G.)	5
Garabatos de poética	15
Selección de poemas (los tres últimos, inéditos)	37
Tarde de junio (de <i>Maneras de estar solo</i>)	39
La voz de aquella flauta (de <i>Páginas de un diario</i>)	40
La inspiración	42
Aviso de caminantes	43
Epitafio (de <i>Elegías</i>)	44
La playa	45
Una muchacha	47
<i>Casta Diva</i> (de <i>Autorretratos</i>)	48
La luz no te recuerda	53
En mitad de la noche (de <i>La vida</i>)	54
Luz que nunca se extingue	56
Una temporada en el infierno (de <i>Seis poemas para un libro nuevo</i>)	58
Agua de mayo (<i>Inédito</i>)	59
Las cigarras (<i>Inédito en libro</i>)	60
Para ganar la luz (<i>Inédito</i>)	61
Bibliografía	63
Libros de poesía de Eloy Sánchez Rosillo	65
Sobre la obra poética de Eloy Sánchez Rosillo	66

Creada en 1955 por el financiero español Juan March Ordinas, la Fundación Juan March es una institución familiar, patrimonial y operativa, que desarrolla sus actividades en el campo de la cultura humanística y científica. Organiza exposiciones de arte, conciertos musicales y ciclos de conferencias y seminarios. En su sede en Madrid, tiene abierta una biblioteca de música y teatro. Es titular del Museo de Arte Abstracto Español, de Cuenca, y del Museu d'Art Espanyol Contemporani, de Palma de Mallorca. En el ámbito de la sociología y la biología, a través de sendos Centros, promueve la docencia y la investigación especializada y la cooperación entre científicos españoles y extranjeros.

PYP

[7]



Fundación Juan March